

Guijarro, Santiago. *La memoria viva de Jesús. Dinámicas de la transmisión oral*. Biblioteca de Estudios Bíblicos 127. Salamanca: Sígueme, 2023, 221 pp. ISBN: 978-84-301-2179-3.

Santiago Guijarro es catedrático de Nuevo Testamento en la Universidad Pontificia de Salamanca. El libro que presenta es un escrito de madurez acerca de una temática —la transmisión oral de la memoria de Jesús— sobre la que el autor ha estudiado, escrito y enseñado durante muchos años. Aunque todos los capítulos de la obra tienen su punto de partida en artículos de investigación publicados precedentemente (cf. p. 21, nota 22), el autor los ha revisado y unificado, de forma que el conjunto tiene bastante unidad.

La obra sigue la estela de la escuela de la historia de las formas, iniciada con Schmidt, Dibelius y Bultmann. Los aciertos de esta fecunda corriente exegética han sido perfeccionados en los últimos decenios por la aplicación de las ciencias sociales al análisis de la comunicación oral y la transmisión de la memoria social en las sociedades antiguas. Guijarro menciona, en este sentido, algunos hallazgos en la investigación actual sobre la transmisión oral de los recuerdos de Jesús: se ha aclarado la coexistencia e influencia mutua entre la oralidad y la escritura; se ha perfeccionado el catálogo de *formas*, al reparar en la influencia de las ejercitaciones retóricas y de los recursos mnemotécnicos; se ha ampliado socialmente el concepto de *Sitz im Leben*; se ha comprendido mejor la transmisión oral de los recuerdos de Jesús cuando ha sido analizada como proceso de memoria social; y se ha reconocido la existencia de diversos flujos de transmisión, pues desde el principio existió una pluralidad significativa en la transmisión de los recuerdos de Jesús. El autor comenta al final de la introducción que va a desarrollar su discurso a partir de tres factores (que coinciden con las tres partes de la obra): la importancia de la perspectiva regional, el carácter popular y el influjo de la pregunta por la identidad de Jesús en el proceso de transmisión de su memoria.

El primer bloque versa sobre la perspectiva regional y está compuesto de dos capítulos. En el primero (pp. 25-46), el prof. Guijarro estudia el uso identitario del término “evangelio” entre los primeros seguidores de Jesús y atestigua que hubo dos usos regionales diferentes, dos trayectorias paralelas. Por un lado, “evangelio” indicaba la buena noticia *sobre* Jesús, muerto y resucitado, en las cartas paulinas, en el evangelio según Marcos, en las cartas deuteropaulinas y en las de Ignacio. Este uso se difundió sobre todo en las comunidades de la diáspora. Por otro, “evangelio” significaba la buena noticia *de* Jesús, sus palabras, en el

documento Q, en el evangelio según Mateo y en la Didajé, esto es, en los escritos que presuponían más la identidad judía de sus destinatarios, pues fueron escritos cerca de Israel. Este uso diverso de “evangelio” basado en razones no diacrónicas sino regionales resulta plausible. Sin embargo, el autor prosigue con un desarrollo algo más arriesgado: los usos más cercanos a Israel conservarían las palabras, el evangelio *de* Jesús, porque pertenecían a grupos —sectas, en lenguaje de la sociología de la religión— que querían diferenciarse del resto de los judíos; mientras que los de la diáspora —cultos, en esta terminología— preferirían el evangelio *sobre* Jesús, porque tendían a asimilarse con su contexto religioso, que era muy plural, y subrayaban la visión divinizada de Jesús, en comparación polémica con los héroes griegos, el emperador romano u otros personajes semidivinos.

Esta misma idea sirve al prof. Guijarro para plantear el siguiente capítulo, sobre la memoria de Jesús en las cartas de Pablo (pp. 47-66). En él trata la clásica cuestión sobre la poca relevancia de las noticias del Jesús histórico en las cartas. El autor propone que la desproporción entre los recuerdos sobre el Jesús terreno y el énfasis en el Cristo glorioso no se debería solo a la diferencia de género (cartas *vs.* *bioi*-evangelios) o al momento de la comunicación entre el apóstol y sus comunidades, sino también a factores contextuales. Para ello retoma del primer capítulo la distinción de la sociología de la religión entre secta y culto. Las comunidades de ámbito siropalestinense, más afines al modelo secta, preservarían los dichos de Jesús porque lo querían presentar como el auténtico intérprete de la Ley en contraste con el judaísmo coetáneo. En cambio, las comunidades paulinas, en la diáspora, se autocomprenderían como grupos religiosos nuevos (cultos) y su reto sería adaptarse a su entorno. “Su estrategia era la asimilación” (p. 59). En consecuencia, su énfasis en la divinidad de Jesús se debería a la necesidad de situarse y tener éxito en el mundo religioso del imperio. La hipótesis es posible, pero hay algunos indicios que apuntan en sentido contrario. Larry Hurtado ha demostrado que la devoción a Jesús como un ser divino surgió muy pronto en las comunidades de habla aramea (o sea, de Palestina), no en las comunidades de la diáspora. Además, los estudios actuales sobre “Pablo dentro del judaísmo” han mostrado que el apóstol pretendía crear comunidades con una evidente identidad judía ante los de fuera —aunque no circuncidaran a sus hijos—. Como ha titulado Anders Runesson su influyente monografía, Pablo buscaba implantar una clase de “Judaísmo para los gentiles” (WUNT 494; Tübingen, Mohr Siebeck 2022). Por tanto, ¿es posible deslindar tan claramente diferentes estrategias de “separación” y “asimilación” dependiendo de los contextos regionales? No me lo parece. De hecho, Pablo se afana por distinguir el *ethos* de sus comunidades frente “a los de fuera” (v. gr.

I Cor 6,1-11). Los procesos de “asimilación” fueron más claros en la segunda y tercera generación paulina (v. gr. los códigos domésticos de Efesios y las pastorales), pero no me parecen claros en la primera generación paulina. En consecuencia, creo que el género y los propósitos de la comunicación epistolar influyeron más en el reconocimiento del señorío de Jesús que las diferencias regionales. Más claro es el segundo factor contextual que el prof. Guijarro señala: la importancia de visiones y revelaciones —estados alterados de conciencia, según la psicología— que también las comunidades experimentaban y que ayudó a legitimar el reconocimiento de la divinidad de Jesús.

El segundo bloque de la obra estudia la índole popular de la transmisión de la memoria sobre Jesús. El tercer capítulo (pp. 69-96) versa sobre las tradiciones populares sobre Jesús en Marcos. Santiago Guijarro distingue entre las tradiciones discipulares, los recuerdos de los más cercanos; las tradiciones familiares, transmitidas en las casas en las que Jesús estuvo; y las tradiciones populares, comunicadas por personas ajenas al grupo discipular pero que fueron testigos de su actividad pública. El autor estudia estas últimas. Comienza contextualizándolas en el fenómeno antiguo de la religión popular, a partir de los estudios de Stanley Stowers y Paulo Nogueira; y aplica dicho modelo a los milagros de Jesús, narraciones de gran colorido local y cuyo recuerdo arraigó en los estratos sociales más populares, siempre en busca de ayuda y sanación. Guijarro demuestra que Marcos recogió la mayoría de los milagros que llegaron por transmisión popular, pero corrigió su uso ideológico; por eso los ubicó en la primera parte del evangelio. Asimismo, demuestra que estos seguidores de Jesús procedentes de estratos populares hallaron en la figura del profeta Elías una clave para interpretar los milagros de Jesús. En ambos casos, Marcos intentó aclarar que Jesús no solo fue un taumaturgo, como recogían estas tradiciones populares, sino que sobre todo era el Mesías sufriente, el Hijo de Dios manifestado en la cruz. Además, el evangelista equiparó a Elías con Juan el Bautista para corregir las opiniones populares. Finalmente, Guijarro identifica a estos seguidores de Jesús que transmitieron las tradiciones populares con los exorcistas que echaban demonios en su nombre, pero no iban con los discípulos (Mc 9,38-40).

En continuidad con el estudio precedente, el capítulo cuarto estudia las “tradiciones populares sobre Jesús en los evangelios de Mateo y Lucas” (pp. 97-125). El prof. Guijarro señala cómo Mateo despojó los milagros de detalles mágicos, los reinterpretó como medios que conducían a la fe en Jesús y subrayó la distancia entre Jesús y Elías, tanto en su reelaboración de los textos de Mc como en los de

Q. Además, Mateo sugiere “desde fuera” la existencia de un grupo que transmitía de forma popular estos milagros de Jesús y los interpretaba a la luz del modelo de Elías. En cuanto a Lucas, su visión de los milagros es más positiva que en Mateo y no tiene tantos problemas con la conexión entre Jesús y Elías. Lucas, pues, no tendría constancia de la problemática que llevó a Marcos y Mateo a combatir la identificación entre Jesús y Elías ni atestigua la existencia de un grupo de transmisión de estas tradiciones populares. Finalmente, Guijarro analiza estas tradiciones populares en el documento Q y concluye que la ausencia de la mayor parte de milagros, la tendencia a distinguir a Jesús de Elías, y las alusiones a los transmisores de la tradición popular (Q 10,13-15; 13,24-27, etc.) revelan que el grupo de Q conocía a estos seguidores de Jesús que ponían su confianza en sus milagros. En resumen, el grupo de Q —y después Mateo— mantuvo una viva polémica con los transmisores de estas tradiciones populares, Marcos fue crítico con ellos, y Lucas ya no conoció la problemática, sino que usó estas tradiciones populares para sus fines pragmáticos.

El tercer bloque de la obra versa sobre la influencia de la pregunta por la identidad de Jesús en la transmisión de sus recuerdos, en tres momentos: sobre los sinópticos (pp. 129-148), el evangelio de Juan (pp. 149-167) y la transmisión de estos recuerdos en la formación de la cristología (pp. 169-192). El prof. Guijarro ofrece primero varios ejemplos de formas orales en las que la elaboración de los recuerdos sobre Jesús atestigua un interés creciente por responder a la pregunta sobre su identidad. Esta tendencia se hace más acusada en las composiciones preevangélicas. En el relato tradicional de la pasión Jesús es representado a imagen del justo sufriente (salmos 22 y 69) y en el documento Q, como Hijo de Dios e Hijo del hombre que ha de venir. En la composición de los evangelios, este interés cristológico genera un nuevo modo de transmitir la memoria de Jesús: Marcos adopta el género de la biografía antigua pues le permite centrarse en la pregunta por la identidad de Jesús. Los otros evangelistas siguieron su intuición. Lo importante no era solo transmitir sus acciones y enseñanzas, sino sobre todo ahondar en el misterio de su persona. Esta reinterpretación cristológica de las palabras y acciones de Jesús es todavía más evidente en el cuarto evangelio. Para las comunidades joánicas, el recuerdo era guiado por el Espíritu, que los llevaba a una comprensión más profunda de Jesús, y era asistido por las Escrituras, que les ayudaban a entender sus enseñanzas y acciones. Prosigue Guijarro con un análisis de la interacción entre el prólogo (Jn 1,1-18) y el resto del evangelio, y como la cristología del prólogo (preexistencia, descenso-ascenso, etc.) interactúa con el resto de la obra.

En el último capítulo, el autor propone que la conexión entre el mesianismo davídico y el título de Hijo de Dios en Rom 1,3b-4a se inspira en el recuerdo de la relación filial de Jesús con su Padre. Eso implicaría que la memoria sobre Jesús también influyó en la elaboración de los credos más primitivos. En cambio, Mc 12,33-37 —y la carta de Bernabé 12,10-11— atestiguan otra tradición más crítica con esta conexión: Jesús era Señor, más que hijo de David. Él es el Mesías Hijo de Dios, revelado en su pasión y muerte. Este tipo de cristología correctiva pretendía evitar, en el marco de la guerra judía, que Jesús fuera visto como otro mesías revoltoso y levantisco.

El libro termina con una conclusión en la que se resumen los hallazgos más relevantes de la obra. En general, Santiago Guijarro nos presenta un estudio de alta sofisticación exegética sobre la transmisión de la memoria de Jesús mediante un discurso ordenado y comprensible. Si tuviera que ponerle algún pero, diría que el análisis de la perspectiva regional, aunque es interesante como modelo heurístico de lectura, no termina de convencerme en el detalle de los textos alegados. Esta matización, sin embargo, no resta un ápice a esta obra que recupera y sintetiza la investigación de nuestro mejor especialista en los evangelios en lengua española en la actualidad. En fin, recomiendo vivamente la lectura de este excelente libro, enjundioso en su contenido, conciso en su extensión y lúcido en su exposición.

Álvaro Pereira-Delgado
Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla